



Buenos Aires, agosto de 2018

Circular Nº 584

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Guillermo Canessa.

“Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.”

(Lucas 15:6-7)

Como pueblo de Dios nos preparamos para una eternidad en gloria, junto a Dios. Siempre nos ha ido regalando a través de su palabra una guía, una orientación espiritual, que nos ayuda para nuestra vida cotidiana también. Pero esa orientación tiene una meta: esa palabra en cada Servicio Divino va llevándonos, en el reconocimiento, a que tenemos una esperanza única, una esperanza de vida eterna, en comunión eterna con el Creador, nuestro Padre; con Dios. Todo lo demás nos va ayudando en nuestra vida para crecer, para desarrollarnos, para madurar espiritualmente.

Hoy tenemos esta palabra que es una parábola conocida, la hemos escuchado. Es la parábola de la oveja perdida. Al comienzo del capítulo dice:

“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.”

Es decir, lo criticaban por esto. Nos colocamos entonces en el lugar, ya no solo de Cristo sino también de lo que somos nosotros. No somos perfectos, en esto estamos de acuerdo y yo me incluyo en primer lugar. Pero queremos oír lo que Dios nos habla, lo hace a través de una herramienta, de un vaso de barro. Así Dios se manifiesta en su casa. Es importante que podamos sentir su presencia y oír lo que nos quiere regalar a través de su palabra.

“Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso...”

Aquí viene entonces el texto que hemos leído:

“...y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”.

Uno a veces, también dentro de la Iglesia, piensa en los hermanos y hermanas que un día estuvieron con nosotros en la comunidad y hoy no están. Pero no necesariamente es esto. Perdido es el que no sabe adónde va. El que está desorientado. El que no sabe cuál es la meta, que no conoce el lugar. No necesariamente aquel hermano que estuvo a nuestro lado y hoy no lo vemos. Por él seguimos rogando, porque la misericordia de Dios se hace presente siempre y esa misericordia puede atraerlo para que mañana vuelva a estar a



nuestro lado. Pero perdido es el que no conoce la meta, el lugar adonde va. Por eso decíamos al principio que tenemos una esperanza única: la vida eterna junto a Dios. Esta es nuestra meta y es lo que tenemos que tener en claro por sobre todas las cosas.

Por eso en esta parábola el Señor dice:

“...y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”.

Esa oveja que buscamos permanentemente para que llegue al conocimiento de la verdad.

¿Cuál es la verdad? Nos preparamos en la fe en Jesucristo para vivir comunión eterna con Dios. Seguimos el Evangelio de Jesucristo para desarrollarnos, madurar y crecer espiritualmente, para conocer cada día más lo que Dios quiere de nosotros. Ahí dejamos de estar perdidos.

Cuando hay otras cosas, otros pensamientos, otras maneras de ver, ahí nos desorientamos un poco. No perdamos el objetivo: el día del Señor. Sin fanatismos, sino con naturalidad. El texto continúa:

“Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente...”

Nos puede pasar a nosotros. Podemos venir todos los días a la Iglesia, pero eso no nos hace mejores. Podemos escuchar la palabra desde hace muchos años u hoy haber venido por primera vez. Todos nos tenemos que volver a arrepentir una y otra vez delante de Dios. Porque todo es gracia y tenemos que valorarlo. En el seno de la comunidad podemos disfrutar esto mientras vayamos comprendiendo hacia dónde vamos. Entonces, allí hay gozo. También en el cielo, de la misma forma.

“Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.”

Y dice aquí el Apóstol que aquí Jesucristo termina esta parábola con una fina ironía. Porque, ¿quiénes lo escuchaban? Los fariseos, los escribas. ¿Quién es justo? Somos justificados por la fe en Jesucristo pero todos necesitamos de la gracia, siempre. Todos necesitamos de la misericordia, siempre. Es una fina ironía porque esos “noventa y nueve” estaban escuchando, podían creer ser perfectos, pero se equivocaban. Todos los seres humanos necesitamos de la gracia y la misericordia del Señor. En el cielo hay gozo cuando uno se arrepiente: aquí sobre la tierra, en la comunidad, en nuestra casa, cuando me arrepiento de lo que hago mal y tengo que corregir, para poder crecer y madurar a imagen y semejanza de Cristo. Así nos vamos conformando como comunidad del Señor, que va siendo preparado por Él a través de la palabra, del Sacramento, de la comunión con Cristo para vivir eternamente con el Creador. Luego esto también nos ayuda en nuestra vida cotidiana a tomar decisiones, a que Dios pueda estar presente.

El texto habla de gozo en el cielo, y hay distintos cielos. Cuando Cristo menciona que hay muchas moradas en la casa del Padre esto es un cielo también. El cielo de la comunidad. El cielo es el lugar donde se vive en comunión, es el lugar donde podemos descansar nuestra alma. Como seres humanos somos distintos, pero nos une un objetivo, que es la comunión eterna con Dios. Cuando llegamos a comprenderlo, porque lo seguimos con nuestro razonamiento también, con nuestra forma de ver, de pensar y esto es lo que tenemos que ir corrigiendo. La Obra de Dios y su perfección no se modifica; está centrada en ese texto de Hechos 2: 42: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. Quizás hasta lo conocemos de memoria, pero no siempre lo podemos vivir. A veces como seres humanos pensamos en la doctrina



de los Apóstoles y decimos: no, esto a mí no me gusta. Hay que perseverar en la doctrina y también en el partimiento del pan. Si me quedo en casa no participo del partimiento del pan, tampoco de la comunión. ¿Qué es comunión? Es vivir y sentir una misma cosa. Poder entregarnos con nuestro razonamiento en la comunión de esperar a Cristo. Somos distintos, pero eso es vivir en comunión: esperamos todos a Cristo. También perseveramos en las oraciones. Aún falta mucha vida de oración en el pueblo de Dios. “Señor, ven pronto a buscarnos”, no para escapar de las situaciones que nos tocan en la vida cotidiana, de ninguna manera, sino para que podamos, por amor, vivir eternamente con nuestro Padre.

De esto se trata no estar perdidos. Para que haya gozo en el cielo, gozo en el cielo de la comunidad, gozo en nuestra alma, fiesta en el reino de los cielos. A esa fiesta nos invita también el Señor a que podamos participar.

Permitirle al Evangelio y a Jesucristo mismo que pueda vivir en nuestro interior es parte de nuestra vida espiritual. Y volvemos sobre lo que decíamos antes: todo es gracia. Uno tiene que aprender a disfrutarla. Pecadores vamos a seguir siendo. No creo que haya ninguno que pueda decir: no tengo pecado. Todos necesitamos de la gracia y esto es lo hermoso. Dios nos conoce y nos ama. Por eso nos va regalando la posibilidad de ir modificando y también de ayudar a través de una vida de oración, pidiendo por aquellas almas que como nosotros necesitan también arrepentirse. No queremos nosotros juzgar a quién le corresponde y a quién no. Por amor a Cristo, pedimos por todos. No tenemos que elegir: este sí, este no. Que la gracia de Dios llegue a todos. En la medida en que nosotros nos damos cuenta de lo que tenemos que corregir y de lo que tenemos que arrepentirnos, allí está el nivel de crecimiento y de desarrollo espiritual. Cuando nos damos cuenta de lo que tenemos que corregir, y empezamos a cambiarlo, hay gozo en el cielo.

* * *